

LA INFLUENCIA FEMENINA EN EL TRABAJO INTELECTUAL ⁽¹⁾

Los grandes hombres pertenecen a la posteridad, y todos aquellos que la fatalidad o aún la necesidad ha puesto en contacto con ellos, se encuentran envueltos en su aureola y en su halo, y pertenecen desde entonces a la vida misma del hombre merced a cuyo reflejo pasan a las generaciones venideras. El hombre de genio debiera ser un grande e irreprochable carácter. De ahí que se escudriñe hasta los más mínimos detalles de su vida, que se examinen como con microscopio sus debilidades y sus faltas, y que se dé a los cuatro vientos de la publicidad todo cuanto a él atañe. El viejo dicho: *verba volant, scripta manent*, ha tenido que ceder ante la curiosidad implacable de la posteridad, y no tan sólo se han publicado las correspondencias de Goethe sino que aún se han coordinado sus mismísimas conversaciones!

Fácilmente se comprende que es imposible salir ileso de tan inquisitorial examen: al lado del hombre de talento, que ha legado a los siglos obras maestras que difícilmente serán sobrepasadas, se dibuja al hombre privado con sus debilidades y sus inconsecuencias, sus faltas y sus defectos.

(1) Este artículo ha sido formado, sacando de diversas obras del autor los fragmentos correspondientes; se indica, al pie de cada uno, la fecha respectiva. Se trata, pues, de «páginas escogidas» con el criterio del lector, pero que, en su conjunto, tienden a explicar la influencia psicológica femenina en la producción intelectual. Influencia positiva o negativa, sea o no la mujer la inspiradora del hombre. — N. DE LA D.

Pero este no es argumento serio. Existen — y en la vida diaria se encuentran a veces — grandes caracteres que no son sino personalidades obscuras, y que, después de haber cumplido austeramente su deber en esta vida, desaparecen sin haber sido de decisiva utilidad para el género humano. El hombre de genio es a veces un carácter vituperable, pero cruza el globo a la manera de los deslumbradores meteoros, que dejan tra sí un reguero de luz y como una faja de estrellas. Y bien: la humanidad deberá mil veces más al hombre de genio, que al de carácter.

Esta cuestión, muy debatida otrora — bastaráme citar las polémicas habidas con motivo de la correspondencia de Alfredo de Musset y George Sand, y las revelaciones de los amores seniles de Sainte-Beuve — está resuelta por la justicia inexorable de los que para admirar exigen conocer y apreciar al hombre que ensalzan. La publicación de la correspondencia de Goethe produjo, por ejemplo, un momentáneo escándalo, pero arrojó una vivísima luz en la característica del poeta y de sus obras, mostrando la filiación de muchas de ellas. Después de tanto ruido, Goethe ha ganado inmensamente: se le estudia hasta en sus menores detalles, se deploran sus debilidades, pero se vé la influencia que ejercen en los hombres los acontecimientos más mínimos, las personalidades más secundarias. En suma, de todo ello se desprende una enseñanza saludable y una glorificación más en conciencia.

Es solamente aplicando este examen implacable al estudio crítico de los grandes hombres que se puede llegar a asistir, por decirlo así, a la generación misma de sus obras, descubriendo las causas, ínfimas a veces, que han originado o influido notablemente en sus principales producciones.

(“GOETHE: *sus amores*”. 1881).

COMTE Y CLOTILDE

“Para ser un perfecto filósofo—escribe Comte en su *Testament* — me faltaba sobre todo una pasión, a la vez profunda y pura, que me hiciera apreciar el lado afectivo de la humanidad: su consideración explícita, que había debido ser accesoria en mi primer grande obra (el *Cours*) debía dominar en la segunda (el *Systeme*). Preocupaciones materiales y conyugales; inclinaciones no satisfechas; desastre moral y sentimental: tal era la situación psicológica de aquel al aproximarse la cincuentena. Si los accesos de sentimentalismo melancólico que lo ahogaba entonces debían entregarle, sin defensa, a la primera pasión que se presentara; por otra parte, las preocupaciones morales, la admiración por el régimen católico y el pasado, y, por último, la total ausencia de lecturas nuevas desde su juventud, debían forzosamente llevarle a considerar como muy natural la evolución moral y sentimental de su doctrina. Continuando en su extraño aislamiento intelectual, que hacía entonces, (1845) 16 años (desde 1829) que lo privaba de toda lectura y lo obligaba a vivir fuera del mundo, repetía constantemente su propio pensamiento, sumido en esa contemplación fakirista de sí mismo, torturando sus ideas con la sempiterna introspección; de modo que, conservando la fraseología originaria, convertía involuntaria y paulatinamente su filosofía positiva en subjetiva y metafísica, formulando un conjunto de hipótesis que se le antojaban verdades axiomáticas y que, por el mismísimo fenómeno de auto-sugestión provocado por tan largos años de la misma pepsina espiritual, le parecían sinceramente que eran lógica y estricta consecuencia de la base originaria de su filosofía, de la observación... Todo llegó a parecerle lógico, hasta lo más ilógico.

No frecuentaba casa alguna pero, por más aislado que viera, no podía dejar de ver alguna vez a uno que otro. Fué así que, en octubre de 1844, la casualidad le llevó a casa de una familia, cuya hija era una señora joven, enferma y desgraciada, separada de su marido indigno y condenado a pena

infamante. Esa dama, Clotilde de Vaux, era física y moralmente el tipo lánguido de una romántica perfecta: recuérdese que entonces, en pleno furor del romanticismo, las mujeres no sollozaban sinó a través de las estrofas apasionadas de Musset. El filósofo quedó deslumbrado... Vuelve a encontrarla, meses después, en un bautismo: la pasión contenida estalla con violencia, la imaginación sojuzgada recupera sus fueros, y pronto lo avasalla uno de esos terribles amores que más parecen venir de la cabeza que del corazón, exaltándolo hasta el punto de que, en el acto, se cree predestinado a ser el Dante o el Petrarca de aquella Beatriz o Laura de nuevo cuño. Aquel temperamento contenido por el ascetismo de su existencia solitaria, se desborda como lava de un volcán y todo lo arrasa: su inteligencia cede a semejante empuje y su corazón se enseñorea triunfante de su alma. Ella, física ya y condenada a próximo fin, comparte aquel ardor romántico, tanto más idílico cuanto que el estado de su salud les obligaba a cernirse en las alturas de un platonismo exagerado: Comte, entonces, sublimiza su pasión y su nerviosidad enfermiza lo arroja en brazos de crisis violentísimas, durante las cuales compone himnos místicos a "Santa Clotilde": como, después, instituye a esa "santa" en la patrona de la humanidad... El idilio fué fecundo, pero de corta duración. El era un hombre de temperamento apasionado, cuyos sentimientos durante años habían estado comprimidos, y que, en su lucha con el mundo, clamaba por un corazón que lo comprendiera, encadenado, como se encontraba, a una mujer indigna de él; ella, era un mujer desgraciada, durísimamente tratada por la suerte, herida por la pena infamante de su marido, indigno de ella: pero teniendo, a la vez, sentimientos levantados y clara inteligencia, por lo que precisamente comprendió la situación triste del pensador solitario y supo con este compartir ideas y sentimientos. Se conocen y, apartando el sensualismo de la pasión, viven, merced a la afinidad de sus almas, una vida de íntimo consorcio espiritual.

Comte, en la torre ebúrnea de su aislamiento de ermitaño, hubiera llegado quizá de nuevo al borde fatal del abismo de la demencia, pues no en vano el hombre intenta sustraerse

a la sociedad; pero su encuentro con Clotilde lo salvó, produciendo una reacción violentísima. Esa unión de dos almas, en condiciones semejantes, debe ser considerada con un criterio de tolerancia grande, porque reconcilió al pensador solitario con la vida, le dió fuerzas para llevar a cabo su tarea ciclópea, y cualquiera que haya sido la influencia que en sus doctrinas ejerciera aquella relación, hay que respetar ese acuerdo, envuelto en el nimbo de una pureza material etérea, y de la honda y recíproca simpatía intelectual. La nueva pasión fué un elixir para el trabajador fatigado y agriado: todos sus agravios se le desvanecieron y su acritud desapareció como por encanto: la vida, el universo, las ideas, todo se le presentó en una luz nueva; y, retemplado, a los resplandores de esa misma luz concibió y ejecutó la terminación de su obra, sinceramente convencido de que coronaba dignamente la unidad de su filosofía y de que levantaba un monumento que desafiaría a los siglos. "Hace 15 años — le escribía a Clotilde en 1846 — mi primer obra fué ejecutada sin el menor consuelo afectivo: hoy, tu influencia personal en la segunda es tan evidente, que siento surgir de ella mis mejores inspiraciones".

Porque Comte, desilusionado y presa de creciente amargura, había sentido agotarse la frescura de su espíritu, perdiendo todo entusiasmo por la faz ideal de la existencia: sin amigos, sin cariño que lo confortara, iba en camino de un pesimismo y de un desaliento profundos. Clotilde, con el sutil instinto de la mujer enamorada, comprende el vacío de aquella infecunda vida, y se apasiona por quien considera como víctima injusta de la suerte, le alienta, dale el calor que a su vitalidad faltaba, rodéale de sentida y honda simpatía; y ambos, en ese delicioso e incomparable consorcio de dos almas que mutuamente se comprenden, prescinden de los demás y entonan un himno férvido al amor, a la pasión, al sentimiento, a todo lo que hace hermosa la vida y convierte en seductor cuanto nos rodea. Hombre alguno ha podido hasta ahora producir nada duradero faltándole la cálida inspiración de la mujer amada, así como, sintiéndose comprendido y hondamente amado, arranca sin esfuerzo al harpa eólica de la vida la

nota vibrante de lo sublime, el grito incomparable de quien, con la sola seguridad del recíproco amor, se siente señor del universo y cuasi semidios. La afinidad electiva de aquellas almas realizó el milagro eterno: el espíritu cernióse en las alturas y, olvidado de la brega pasada, embriagado en la ambrosía única de lo único que hace que la vida valga la pena de ser vivida, contempla con mirada de águila al mundo entero y se siente lleno de una ecuanimidad bondadosa que llega hasta el altruismo más grande, porque quien es feliz, y ama y es amado, todo lo vé color de rosa y por sus semejantes experimenta el cariño más desinteresado, ambicionando hacerles partícipes de la misma felicidad que lo inunda. De ahí que la producción de Comte, bajo la influencia de la amante Clotilde, se orienta en el sentido de la simpatía más profunda por la humanidad, exaltando el sentimiento y volcando por sobre todas las cosas el corazón, por ser éste quien verdaderamente nos hace vivir, nos libera de la mentalidad fría, adivina el alma de las cosas y descubre en ellas el *sunt lacrymae rerum* del poeta clásico. ¿Qué vale el filósofo misógino, que pasa su existencia de monje benedictino pretendiendo remodelar la humanidad, sin comprenderla realmente desde que no acierta a sentirla? Solo quien tiene el alma henchida de gozo puede vibrar al unísono con la vida, desde que la naturaleza entera, en el fondo, es sólo un himno inmenso de amor y de vida!... La historia contemporánea recuerda el caso sugerente de aquella matemática insigne, Sofia Kowalewsky, a quien los sabios más encumbrados rendían el tributo de verdadera admiración y a la cual las academias más severas consagraron con sus más ambicionados homenajes: a su muerte, las páginas íntimas de su diario revelaron al mundo el secreto terrible de aquella existencia, rabiosa por amar y ser amada, y rebelándose airada contra la ciencia infecunda y sus lauros estériles, que le habían negado una hora siquiera de felicidad. “¡ Ah! — exclama — solo el amor justifica el vivir, y quien no ha amado realmente no ha vivido!”

Desgraciadamente, para la ciencia, ya Comte no vió nada sinó a través de su pasión: a su amada todo lo sacrifica, y todo lo que hasta su último momento para ella piensa y para

ella escribe, se le antoja digno complemento de la obra de su juventud y de su edad madura: ilusión explicable, sin duda, pero ilusión al fin, que hace predominar en la segunda parte de su carrera un feminismo enfermizo y místico. Lo cierto es que en su relación con Clotilde encontró el consuelo y calor que le faltaban; y la llama de su vida, pronta a extinguirse por falta de combustible, se irguió briosa y brillante, iluminando con vividos resplandores el radio de su existencia: de ermitaño hosco, lo tornó en humano, profunda, exageradamente humano.

La pasión platónica por la hermosa y triste enferma, hizo que las menores palabras, los mínimos gestos, los más ínfimos objetos que de ella provenían, se convirtieran forzosamente — por una especie de fetiquismo, tan frecuente en amantes de ese género — en el objeto de un culto que debía llevarle muy lejos. Porque el desenlace se produjo pronto: Clotilde falleció en abril 5 de 1846... Comte, aterrado, escribe a Stuart Mil que no le queda sino el culto del recuerdo de un amor "que ha regenerado sus propias ideas e inaugurado su segunda carrera filosófica". Atribuye, pues, a su amada la nueva dirección de sus ideas, si bien afirma que su orientación sentimental estaba latente y como envuelta, involuntariamente, en su propia naturaleza: para sistematizar ideas, es menester repensarlas, como lo hizo en el *Cours*; para sistematizar los sentimientos es necesario experimentarlos, y eso ha sido la importancia psicológica de su pasión. Su evolución moral — para usar de sus propios términos — fué la de una crisálida, al convertirse en mariposa: comenzó una segunda existencia, más pura y completa.

¡Y qué huella profunda, la dejada en su alma por aquella fugaz amistad! Ni un año duró esa relación, y a pesar de que a cada instante se veían, todavía encontraron oportunidad para escribirse 181 cartas, desbordantes de sentimentalismo y de pasión. Es cierto que él, en su empleo de un idioma que tan poco había usado, mezcla extrañamente argumentos filosóficos para probar la intensidad de su amor, pero esto, lejos de ridiculizar su memoria, demuestra cuan sincero era hasta en los momentos de mayor abandono: no podía escribir ni

una sencilla misiva amorosa sin intercalar su filosofía positiva... A partir de ese momento, no tuvo un pensamiento, no escribió una línea, no realizó un sólo acto, en el que no atribuyera cierta paternidad a su amiga o a su recuerdo.

* * *

La influencia ejercida por el positivismo en el desarrollo intelectual del pasado siglo ha sido enorme. Aparte del valor de sus doctrinas filosóficas y de los vastos horizontes que abrió a la mente humana con la creación de la sociología, no hay duda, sin embargo, que la obra de Comte hubiera tenido un eco más apagado y de menor duración si su filosofía no se encontrara involuntariamente impregnada con el perfume —acre, de la una; suave, de la otra— de las dos mujeres que han llenado la existencia de anacoreta de aquel extraño pensador. El positivismo ha tenido, y tiene, discípulos ardorosos, convencidos, entusiastas; como también ha despertado una legión de adversarios y detractores tenaces, rencorosos, despiadados: en ambos casos es la influencia póstuma de aquellas dos mujeres desiguales la que enardece a la posteridad, suscita amigos y enemigos a la memoria del filósofo, esparciendo sus doctrinas por doquier, sea para ensalzarlas ciegamente como evangelio del porvenir, sea para escarnecerlas y ridiculizarlas. La esposa, malgrado la indignidad de su conducta — nueva Aspasia, viviendo entre filósofos — aprovechó la muerte del marido para desatar sobre su memoria todas las furias del Averno, sin duda provocadas por las reflexiones póstumas del famoso *Testament*: libros, procesos, todo se desató rabiosamente para disfrazar el recuerdo del cónyuge recalitrante con el sambenito de los locos, pretendiendo sentar la tradición de que, demente una vez sin duda, demente quedó más o menos después, de modo que su obra entera venía a convertirse en la lucubración calenturienta de un hombre con los sesos trastornados: sistemática campaña que, apoyándose en tantas y tantas incongruencias de la vida y escritos del maestro, hizo rápidamente camino, y hasta hoy, más o menos, medra, logrando cubrir la memoria de aquel con el velo

indeciso de las inteligencias fronterizas entre la razón y la locura. En cambio, la amante — la pura y triste amante — ha legado a la posteridad aquella profunda, inmensa y honda simpatía que por el solitario filósofo tuvo, y aquella su íntima y calurosa compenetración de la obra entera, derramando sobre sus páginas el bálsamo bienhechor de la caridad, de la esperanza, del amor a los demás, a la humanidad entera: es tan intenso, tan sinceramente sentido, aquel sentimiento de admiración y de altruismo, que todas las naturalezas delicadas — hombres y mujeres — se sienten irresistiblemente atraídas por aquel dulce vértigo y se convierten en discípulas del maestro que terminó su obra poniendo por sobre todo al corazón, ensalzando el amor, predicando la caridad y soñando en que la sociedad alguna vez ha de organizarse con el altruismo y la solidaridad por únicos principios dirigentes, entonando un himno inmenso a esta eterna Humanidad — de la que todos formamos parte y cuyas glorias o sinsabores contribuimos a formar — y empujando a todos en la amplísima vía de un progreso continuo, persistente, consolador, y que siempre promete algo mejor, merced a su optimismo jamás fatigado. El lado sentimental y la parte religiosa del positivismo es, quizá, lo que más ha contribuido a difundirlo, alcanzando a llevar el anhelado consuelo a las almas que, por cualquier razón que sea, han abandonado la plácida región de la fe, donde mora la felicidad porque no existe la duda, que desgarrar y atormenta. Por eso ningún sistema filosófico, puede decirse, ha cundido por el mundo con la rapidez y la singular intensidad que caracteriza al movimiento del positivismo: los demás sistemas, fruto de la sabia elaboración de pensadores profundos, no han salido — ni saldrán, sin duda — de la atmósfera recatada del gabinete del estudioso, resonando cuando más en el aula de los profesores; pero el atavismo hasta hoy mantiene, como capilla votiva, la vieja casa que habitara el filósofo en aquella típica calleja de la rue Monsieur-le-Prince, de que alguna vez he hablado, y yo mismo, allá, en los años de mi juventud y cuando estudiaba en la capital francesa, también he ido a esa casa y he recorrido sus habitaciones, cohibido por el recuerdo de aquel hombre, de cerebro potente y de vida de benedic-

tino, cuyas enseñanzas aún hoy, casi a un siglo de distancia, desatan tantas pasiones y despiertan tantos entusiasmos!

(“A. COMTE: sus doctrinas sociológicas”. 1910).

STUART MILL Y MRS TAYLOR

A parte de las diversas cuestiones sociológicas en que Comte y Stuart Mill coincidieron, únicamente no pudieron acordar opiniones respecto del problema femenino... Comte aún no había pasado entonces por su crisis con Clotilde de Vaux; Stuart Mill, por el contrario, entraba en plena crisis de su relación con Mrs Taylor. Y la influencia que ésta ejercía en sus ideas era, como lo confiesa en su autobiografía, enorme.

Alejado del elemento femenino durante su juventud, conoció a Mrs. Taylor en 1831 y fué tal su pasión por ella, que las páginas que la dedica en su autobiografía — por ardientes que sean — apenas dan una pálida idea de la realidad. Aquella era una matrona casada y con numerosa familia; el marido, con una flema singular, aceptó la equívoca situación... y se alejaba de la casa cuando el filósofo iba a comer o a pasar sus horas libres. La familia y los amigos de Mill combatieron tal pasión, pero en vano; cuando el marido murió, a los veinte años de ese singular *modus vivendi*, el filósofo se casó con la viuda, la que murió algún tiempo después. En vida suya solo la dedicatoria hiperbólica de su libro sobre “Economía política” (1848) dió a conocer públicamente su admiración por aquella mujer, “la más calificada — dice — para originar o apreciar cualquier problema de adelanto social”: la inscripción que puso sobre su tumba de Avignon alaba “su noble espíritu y su inteligencia clara, poderosa, original, que la convirtieron en su guía y apoyo, su modelo en sabiduría y su ejemplo en la bondad”. En su autobiografía, por último, dice que fué aquella la suprema amistad intelectual de su existencia y que a su influencia se debe todo lo humano, todo lo que abarca los problemas sociales con caridad y amor mayor. De su *Political economy* afirma pertenecerle el capítulo fundamental so-

bre el porvenir de las clases trabajadoras: "lo que en mis libros — dice — es abstracto y puramente científico, me pertenece; lo que es propiamente un elemento humano viene de ella, y en todo lo que se relaciona con la aplicación de la filosofía a las exigencias de la sociedad humana y del progreso, he sido su discípulo, tanto en lo audaz de las concepciones como en la prudencia de los juicios prácticos". El hecho evidente es que aquella influencia femenina puede fácilmente rastrearse en toda la vasta obra del pensador inglés y es interesante, para nosotros, tenerlo en cuenta, porque se ejerció, sobre todo, respecto de los problemas sociales y de materias englobadas en la sociología. El libro de Mill sobre la libertad *On liberty* y el relativo a la cuestión femenina (*Subjection of woman*) — la cuestión que, cabalmente, trajo su disentimiento con Comte — son obras sobre las cuales plana la sombra de aquella mujer extraordinaria.

Y es este un punto de interés para el estudio de la sociología comtiana. La correspondencia de Mill y Comte revela que duró medio año el cambio de cartas sobre el particular. Este último no aceptaba el concepto del otro, de ser actualmente "esclavas" las mujeres; y Mill siempre se mostró poco satisfecho de las concesiones que en sus cartas le hizo. Se comprende que, estando Mrs. Taylor detrás del filósofo inglés, no podía aquella desinteligencia fundamental permitir que, en adelante, aunaran sus esfuerzos en ninguna cuestión social: continuó la amistad de los dos pensadores y aun pudo Mill prestarle determinados servicios — como la mentada suscripción de Grote, Molesworth y Raikie Currie — pero languideció hasta que ambos la dejaron caer. Stuart Mill, sin embargo, escribió después sus famosos artículos sobre Comte y el positivismo, en los cuales hace plena justicia al pensador francés.

Fué también la misma influencia femenina la que hizo renunciar a Mill a su proyectada etología, o ciencia del carácter, que concibió — a raíz de la publicación de su *Logic* — como el fundamento mismo de la sociología: trabajó en ella no poco tiempo, pues consideraba que el punto débil en la sociología comtiana, en su estática social, era el vacío de las leyes sobre el carácter humano. Es cierto que Mill creyó siempre que las

diferencias de carácter individual y nacional eran debidas a accidentes y circunstancias que podían ser controladas; no aceptaba que los seres humanos, al nacer, fueran tan distintos de lo que después son. Pero su convencimiento de la diferencia de su criterio con el de Comte — puesta en claro con motivo de su controversia epistolar sobre la cuestión femenina — y la inclinación hacia la caridad práctica que puede realizarse en las transformaciones económicas, que caracterizó el temperamento humano y afectivo de Mrs. Taylor, desvió su actividad del rumbo sociológico doctrinario hacia el viejo molde de la economía política.

El cambio que, por tales razones, se produjo nuevamente en las ideas de Mill es visible: su *Logic* no había logrado demostrar que las ciencias sociales tienen un método exclusivo y propio, pero excluían todos los problemas que implicaban el libre albedrío. Bajo la influencia de su gran inspiradora, Mill llega — en el primer libro que publica después de aquel, y después del incidente epistolar con Comte y de abandonar su proyectada eología: en su *Political economy* — a sostener que si las leyes de producción de la riqueza participan del carácter de verdades físicas, las de distribución, como dependen de las opiniones y sentimientos de los hombres, no son leyes naturales sino que proceden de la voluntad humana. Y es tan evidente ese cambio, que no son pocos los discípulos de Mill que — así como éste separaba de la obra de Comte el *Cours de Philosophie positive* de un lado, y las demás obras del otro, descalificando a éstas — aceptan sólo su grande obra sobre *Logic*, pero descartan las posteriores, en que viene a invalidar las conclusiones sentadas en aquella. Forman, pues, el grupo que acepta las doctrinas sociológicas allí explicadas, desenvolviéndolas metódicamente con arreglo a los cánones de aquella obra magistral.

La influencia sociológica de Mrs. Taylor fué, por lo tanto, considerable en la obra de Mill y en diversos sentidos: al mismo tiempo que lo desviaba de la corriente contraria de generalizaciones doctrinarias, y lo traía al terreno concreto y práctico del estudio de los fenómenos económicos, tanto que en estos — como lo confiesa la autobiografía de aquél — “la parte en

que se hacían concesiones socialistas, era suya": sacó a las cuestiones sociológicas del torrente abstracto del doctrinarismo francés, para radicarlas en el campo práctico de los economistas ingleses. Y el resultado de ese cambio de orientación fué considerable: Karl Marx, al residir en Inglaterra, se impregna en las doctrinas de Mill y su grande obra *Das Kapital* está orientada en esa corriente sociológica práctica; Henry George, el reformador norteamericano, también adopta esa evolución de Mill, y su ruidosa obra *Progress and Poverty* está también orientada en aquella dirección.

(“STUART MILL: su obra sociológica”. 1905).

BUCKLE Y SU MADRE

Hasta la publicación de su grande obra, *Introduction to the history of civilisation in England*, nada había escrito Buckle. De posición pecuniaria desahogada, su salud poco robusta le había mantenido alejado de colegios y universidades, primero; del comercio con hombres y mujeres, casi, después, tanto que — como Macaulay — no rindió culto a la pasión, por más que el eterno femenino domine por completo su existencia, la penetre, la sublime y transmita a la posteridad una de las páginas más emocionantes de la historia del espíritu humano. Huérfano de padre, su madre concentra en él su adoración, luchando a brazo partido con su mala salud, rodeándolo del calor inimitable de una de esas afecciones inmensas que transforman a otro ser en un objeto de culto; lo salva de dos peligros: de la niñez y de la juventud; fomenta su amor al estudio y a los libros, que condecía con la reclusión a que su salud enfermiza lo condenaba, construyéndole en la propia casa una biblioteca espléndida, que a poco contaba 22.000 volúmenes; comparte con él sus estudios, sirviéndole de amante colaboradora, conversando de las investigaciones que aprendía, y obligándole así a una constante y fecunda gimnasia del espíritu que, al contacto de otra alma que al unísono vibra y que comprende sus anhelos, vigoriza sus conocimientos, los afina, los discute, los retempla, y vive así, intensamente, una vida refinada de constante excitación intelectual, que perfeccionaba

también constantemente sus facultades, estimulándolo, sosteniéndolo en sus desfallecimientos, y facilitándole la enorme e ímproba tarea que se había impuesto. Porque Buckle concibió su obra desde muy joven y decidió dedicar su vida entera a ella: para escribir su libro con pleno conocimiento de causa necesitó aprender 19 idiomas a fin de leer, en otras tantas lenguas, cuanto sobre la materia se hubiese escrito. Catorce años empleó en aquella labor ciclópea, ignorada de todos y sólo conocida de la madre, de la pía madre que a la par del hijo soñaba en la obra de éste y en la gloria indiscutible que debía producirle: esa madre singular y aquel hijo más singular aún, separados así casi por completo del resto del mundo, viviendo ambos para sí recíprocamente y aunando sus cariños y esfuerzos en la producción de la obra en ensueños entrevista, gigantesca, sin precedentes, digna de excitar a un hércules de la inteligencia... La salud de la madre se resiente de tantos cuidados y de tantos desvelos; por fin la obra se acerca a su término y, a medida que se terminaba la redacción de los originales, la vida de aquella mujer se debilitaba visiblemente: agotadas sus fuerzas de resistencia, cae enferma, su físico no permite abrigar esperanzas de reacción y, en medio de sus dolencias, desahuciada por los médicos, exige del hijo amado que mande a la imprenta el libro, que lo corrija, que apresure la publicación; sostenida milagrosamente por el hondo deseo de ver terminado el libro, vive y vive en agonía constante, con asombro de propios y de extraños, ilusionando la desesperación del hijo, quien, febricientemente, al lado del lecho del dolor se entrega a la corrección de pruebas, que veía servían de extraño filtro para mantener aquella vida que por instantes escapaba... Por fin lleva impreso el primer ejemplar, con la emocionante dedicatoria a la madre, tan profundamente sentida; y — cuenta un testigo ocular — la escena que se produjo fué singular: se incorpora en el lecho la moribunda, ansiosamente toma el libro, lee la dedicatoria, recorre el volumen, y las lágrimas abundantes que corren por sus mejillas reemplazan a la palabra, que en vano pugnaba por salir de sus labios descarnados; por fin, deja caer el libro, abre los brazos al hijo adorado y le estrecha violentamente, iluminados los ojos, transfi-

gurado el semblante, lleno de extraña alegría... y cae pesadamente sobre la almohada: la vida la abandonaba una vez satisfecho su anhelo, y fallece, roto ya el último débil lazo que a la existencia la unía!

Se comprende la impresión sensible que aquel drama debió producir en el autor; lo que había publicado era simplemente la introducción a su obra gigantesca; pero, malgrado la celebridad del día siguiente y todos los halagos de la consideración pública y privada, su salud vacilante no resistió al choque espantoso; siguió viviendo algún tiempo más, pero no encontró coraje para seguir su obra hasta que, habiendo emprendido un viaje a Oriente por consejo médico, para tentar una reacción, sucumbe en Damasco, siempre con el pensamiento fijo en la muerta amada, en la madre, alucinándose hasta imaginarse que por doquier lo acompañaba!

...Es realmente curiosa esta influencia del eterno femenino en la producción intelectual de los hombres: sus doctrinas, la perfección, más o menos relativa, de su obra y la orientación de su pensamiento, obedecen siempre a alguna mujer que, directamente impulsa, contraria o desvía la actividad del espíritu. En Comte, su mujer y su amada ejercen esa doble influencia sucesiva, dejando en la obra un rastro imborrable; en Stuart Mill, la que fué al último su mujer, orienta su producción intelectual de modo innegable: en Buckle es, también, una mujer — la madre — la que a su vez influye eficazmente en la obra soñada.

Y, en el caso de este último, semejante influencia difícilmente habría podido ser reemplazada por otra, porque sin ese apoyo constante, de todos los momentos, siempre amante, que nada exigía para sí y que solo se ocupaba y preocupaba de "la obra", ayudándolo en las investigaciones penosas e increíbles que perpetuamente debía verificar y alentándolo en todos los instantes, evitándole toda contrariedad, toda molestia, todo lo que pudiera distraerlo; sin ese sacrificio absoluto de la existencia de la una por la gloria del otro, no es creíble que este hubiera podido reunir una masa tan estupenda de conocimientos, elaborarlos, sistematizarlos y manejarlos para servir de probanza a sus poderosas inducciones, sacadas precisamente

de aquel estudio enorme. Porque es preciso recorrer los volúmenes de la introducción publicada para darse cuenta de aquella erudición prodigiosa: todo está controlado, toda aserción lleva su prueba al pie: y si tal fué la tarea para la introducción, cual no debió ser para la confección de la obra misma, y cuanto doloroso es pensar que los materiales así amasados y clasificados, se han perdido en absoluto porque no le fué dado al autor—por la misma intensidad de su dolor—ocuparse de utilizarlos en la forma magistral como lo hizo con los de la introducción!

(“H. T. BUCKLE: *su papel en sociología*”. 1905).

SPENCER

En Spencer jamas el eterno femenino ha ejercido influencia absoluta: su autobiografía, discretísima al respecto, no permite rastrear influencia alguna de ese género, si bien cultivó relaciones amistosas con algunas mujeres descollantes, como aquella fascinadora Miss Evans que, con el nombre de George Elliot, ha dejado una página luminosa en la historia intelectual inglesa y cuyo recuerdo, si bien con “cierto rasgo de aquella masculinidad que caracterizó su inteligencia”, al decir de Spencer — lo persigue hasta en sus últimos años... Sin duda su temperamento flemático lo ponía a cubierto de tales influencias: rechazó casarse porque sus medios de fortuna no le permitían formar un hogar cómodo, y porque, una vez dedicada su vida a la grande obra de su filosofía sintética, temió que la existencia matrimonial coartara sus libertades y no le permitiera dedicar a la meditación y al trabajo las horas necesarias. Deliberatamente, pues, se condenó a ser solterón a pesar de que amaba la vida tranquila del hogar y no lo sedujo nunca ese *odor di femmina* de la Venus vulgívaga que, en otras existencias — como en las de Musset y Byron — llena por completo una vida, la penetra, la impregna y deja en cada uno de sus actos el rastro imborrable de su paso y el acre perfume de su persona... Tal elemento perturbador fué extraño a la carrera del filósofo inglés, y su obra se resiente quizá de la ausencia del sentimiento femenino, que toda la cien-

cia y toda la inmensa labor de aquel sabio no logra impedir sea echado de menos. Ni amada, ni mujer alguna, sedujo su corazón: adoró a su madre invalida, es cierto, renovando casi el piadoso cuadro que presenta la vida íntima de Buckle, pero fué eso un incidente relativamente fugaz y que no dejó rastros en su obra; en una palabra: si alguna mujer habló a su inteligencia, lo hizo más bien como camarada que como persona de otro sexo. Estos apesar del consejo de Comte de que casara... lo que, dada la historia conyugal del segundo, tenía hondos ribetes de ironía, si bien entonces se encontraba bajo la influencia sedante de la poética Clotilde, lo que seguramente explica que le dijera a guisa de argumento decisivo, que "la compañía simpática de una esposa ejerce una marcada influencia curativa", aludiendo a los padecimientos nerviosos de Spencer: ginecopatia singular, con todo, ya que si la esposa no resultaba buena — y Comte algo debía saber de ello — el remedio venía a ser peor que la enfermedad.

Las páginas que, en las postrimerías de su vida — a los 73 años — ha dedicado a ese vacío deliberado de su existencia, conmueven hondamente porque recuerdan aquellas postumas y vibrantes revelaciones de alma de Sofía Kowalewski, la descollante matemática del pasado siglo, quejándose amargamente de que la ciencia no había bastado a extinguir la llama, siempre latente en el fondo de todo corazón, del amor humano: todos los hombres — gime aquella — la veneraban como matemática, olvidándose de que también era mujer; así como todas las mujeres — dice entre dientes el otro — lo admiraban como filósofo, sin parar mientes en que a su vez era hombre!

(“HERBERT SPENCER: sus doctrinas sociológicas”. 1907).

MARGUERITTE Y LA INFLUENCIA DE LA MUJER “ULTRA MODERNA”

Marta resulta ser una esposa inferior a su marido: sacrifica su amor en aras de un sentimiento de orgullo enfermizo, lo que demuestra que era aquel más superficial que profundo — verdadera chafalonía del cariño — y que la ilusión patrió-

tica pudo más que la estimación y el afecto. Curioso tipo el suyo! De una perfección y de una suavidad que le conquistaban las simpatías de cuantos la rodeaban, se transforma en la encarnación del más áspero egoísmo apenas su amor propio de francesa se siente magullado: todo lo olvida entonces y no titubea en poner su felicidad doméstica en el ara del demonio, sacrificándola a su vanidad nacional. Muestra así a las claras haber sido un verdadero sepulcro blanqueado, con teniendo un fondo despótico y duro que cierra los ojos ante el desastre del hogar por desagaviar el capricho del orgullo y de la soberbia; no le importa la desgracia de su marido, a quién abandona sin el menor remordimiento, olvidando los ratos felices pasados a su lado: nada le dice el porvenir de su hijo, a quién condena a crecer en un hogar descalabrado, con la madre de un lado y el padre del otro; todo, todo al cohete, pues la domina por completo la terquedad, la pequeñez de su egoísmo de aquel instante y lo más preciado inmola — felicidad y porvenir — a su cruel ceguera de satisfacer ese empeño, cueste lo que costare. Valiente tipo de heroína! De una perfección que resulta falsa, labra su propia desgracia a la par de la de su marido y de su hijo: nada tiene que reprochar al primero ni al segundo, y sin embargo los estaquea moralmente sin escrúpulo solo porque sus ojos no sufrían ver más que ella, ella sola, y no se anda con remilgos sino que, con la monstruosidad de esa egolatria irascible que la ofusca, va derecho a echar por el suelo el hogar y a la separación irreductible. No: no hay en tal conducta ni patriotismo ni sentimiento noble alguno, sino la exaltación del amor propio y de la vanidad herida, y es por esa mezquina causa que desteje el fianduti que había tejido, cortando el nudo de su matrimonio sin experimentar el menor remordimiento. No es, entonces, en el desarreglo exagerado de un sentimiento puro que debe buscarse el móvil de su acción, sino en defectos de carácter o de educación, en la voluntad caprichosa y violenta, acostumbrada a hacer siempre lo que mejor le pareciera; en el personalismo enorme de quien no ve en la vida más que a sí misma y se empecina en arrojar todo por la ventana, a trueque del escándalo

lo y de la ventura, con el único fin de poner sus plantas sobre el cuello de su marido...

Mientras tanto, la víctima de esa tenacidad femenina enfermiza es un hombre trabajador, estudioso, amante, el cual, apesar de todos sus esfuerzos, nada puede contra esa especie de histerismo que se apodera de su mujer: se ve forzado a someterse a la fatalidad, que troncha su vida y le siembra la casa de sal, lloviendo miserias sobre él que le llenan de amargura y desencanto. Porque ¿qué puede hacer con una esposa que cierra los oídos a la razón, que se encueva en una hostilidad sorda o toma una irritante actitud de víctima, se aleja en la intimidad de él y se le vuelve extraña en su propio hogar? Tampoco habría sido esa una vida soportable, pues no cabe la tranquilidad del trabajo en una situación semejante. En casos tales la desgracia de un hombre es inmensa, porque la esposa debe ser la colaboradora del marido, su compañera fiel de todos los momentos, en quien pueda descansar en todo instante y que para él resulte otro yo, seguro e inquebrantable: pero una esposa que se distancia de él en su personalidad y en su voluntad, que no participa de sus trabajos, que es agena a sus alegrías y a sus penas, que adopta un papel de víctima o de adversaria irreductible, sembrando la zizaña y provocando constante pendencia, no hace muy buenas migas con la felicidad de hogar alguno. Justificar esa actitud con la exacerbación del amor propio enfermizo, que refrescaba y atizaba la derrota militar de su país en época pasada, es realmente una verdadera monstruosidad psicológica: nada tiene que hacer el patriotismo verdadero con tal matufia de jingoísmo de segundo orden, el cual es más bien histerismo femenino, a duras penas explicable por la herida de la vanidad nacional.

Es curioso que el autor no ahonde, metidos los ojos en el suelo y pensando profundísimamente, el análisis de la gran pasión humana que, en todo país y en toda latitud, forma el nexo de la vida misma: el amor. En la conversación con el padre, al comenzar la novela, Marta declara que "no hay fronteras para el amor y el recuerdo" y, como ella adora a Otto con toda su alma y es correspondida, eso le dá fuerza para luchar contra todo y contra todos: "¿Porqué — dice —

sacrificaría yo una certidumbre de gozo por temor a penas que quizá no vendran?"; más adelante, ya casada y en Marburgo, "persuadida de que la felicidad consiste en adaptarse a lo que se posee, sobre todo cuando se disfruta de lo que tanto se ha deseado, concretaba su alegría a hacer la de Otto, tanto más cuanto que saboreaba esa felicidad perfecta, ese sueño supremo de todas las mujeres: amar y ser correspondida sin reserva alguna"; sus noches se pasaban "a la cálida intimidad de la lámpara, sea que tocara en el piano para su marido las sonatas que prefería, de Beethoven o Hayden, sea que leyera en alta voz algún clásico alemán o una reciente novela parisiense"; después, en su encantador y clásico viaje a Italia, "concretaba su felicidad al amor sin cesar renaciente del fondo de su alma"; por último, cuando la maternidad se anunció, "insensiblemente la calidad de su cariño por Otto se modificaba: igualmente ardiente, tornabase más grave, y no se preguntaba si le querría menos, sino que estaba persuadida de que lo apreciaba mejor"; nunca "se habían sentido tan amigos y su comunión fué tan absoluta y tan fuerte, que se traducía en la necesidad de expansiones y de confidencias". ¿Cómo es, entonces, que esa inclinación tranquila y firme pudo perder por flaqueza lo alcanzado por fortaleza, dejándose vencer del patriotismo herido, cuando los acontecimientos de la política y de la guerra eran ajenos a marido y mujer, y ninguno de ellos los había provocado? Únicamente porque esa pasión no era tan profunda como parecía, pues si lo hubiera sido nada la habría dificultado: cuando dos personas desfallecen de amor, todo el resto del universo desaparece a sus ojos y sólo existe el ser amado, siendo en realidad indiferente donde se encuentren ambos y quienes los rodeen; hay, es cierto, un explicable egoísmo en ese sentimiento, pero es una hermosísima concentración en sí mismo, porque es la absoluta comunión de dos seres, siendo por eso que la Biblia misma dice a la mujer: "seguirás a tu marido donde vaya, abandonando padres y patria". Cuando se arde con incendio de amor, basta y sobra con la posesión de la persona querida: lo demás es secundario y no perturba la inmensidad misma de aquel frenesí, que absorbe a ambos y deja a cada uno entregado al poder y albedrío del

otro. Pero para ello es menester que sea completo, absoluto, sin límites, cautivando el alma y robando la voluntad: felicidad suprema que no tiene precio en la vida y que no hay como valorar lo bastante. Desde el momento que la mujer deja que en su espíritu se aniden otros sentimientos u otras aspiraciones, aquel cesa de ser el soberano intransigente que solo vé en el mundo al enamorado, a quién transporta y le trae fuera de sí: la familia, los intereses, los amigos, la patria, cualquier otra impresión, desde que razonan en revuelto laberinto en presencia del cariño es que han comenzado a vencerlo, pues coexistir con él es ya cercenarlo, y ese comienzo de disminución es un arrancamiento del alma, porque de él empiezan los distanciamientos, el enfriamiento paulatino, la final consideración de que la unión matrimonial es una simple convención y toma de ahí su principio la separación de intereses, preludio del irse cada uno por su parte y anuncio del divorcio último, que desata el vínculo mismo.

No cabe en el amor sino la fusión completa de la personalidad de la una en la del otro; la mujer solo ve en el universo a su marido, a él se amolda, en él se diluye, y su suprema felicidad es precisamente unirse a él tan estrechamente que solo piense en él, le ayude en todos sus trabajos, le reconforte en todos los instantes, y disimule de tal modo su propia individualidad que parezca por completo absorbida en la de aquél; éste, entonces, a su vez con ella se compenetra de tal modo que para ella vive, por ella trabaja, en ella piensa, y solo concibe la existencia para con ella vivirla unidos. Cuando tal sentimiento domina nada logra perturbarlo, pues la esposa amante sabe atraer y retener a su marido, reconquistarlo cuando por cualquier casualidad momentaneamente se le escape, y hacer eterno y reciproco el cariño, porque este solo se obtiene y subyuga y es retribuido, de idéntica manera. Pero el caso de la heroína de esta novela es otro, su amor raciocina, y desde luego esta perdido; resiste a la influencia de la familia, cierra los oídos a la cuestión de intereses, pero sucumbe a la aflicción de un patriotismo exagerado y artificial. No: desde el instante en que se razona en el cariño, este comienza a declinar, y de ahí provienen los matrimonios en que la

mujer reclama su autonomía, desligándose así de su marido y significándole de ese modo una desconfianza que es la negación misma de aquel sentimiento, cuya esencia es la confianza más absoluta; en que, alegando convicciones patrióticas o políticas o de otra índole, disienta por completo con su esposo pretendiendo ser su igual y como si se tratara de dos socios de una asociación cualquiera, pues aquel hondísimo afecto no admite la posibilidad de una divergencia semejante de opiniones, ya que no reconoce ni acata sino una sola: la del ser que se idolatra. Por eso el cariño de Marta resulta ser *a fleur de peau*, convencional y pasajero: el motivo del patriotismo lo destruye, como lo hubiera igual y fácilmente deshecho cualquier otro, el de los intereses de fortuna o el del antagonismo de familia. No es, pues, su amor a la patria lo que pone "fronteras al corazón", como no las colocan los intereses, ni la familia, ni la raza, ni la lengua, ni la religión, ni las ideas: es que su pasión por Otto no fué nunca verdadera ni profunda, sino una inclinación superficial y momentánea, exactamente como la que nace de un capricho de los sentidos y que disminuye y desaparece una vez satisfecho el deseo que la hizo brotar. Así no se ama, y es profanar tal divino sentimiento denominar de esa manera a lo que es simple y pasajero afecto sentimental o sensual delecte carnal. ¿No es esa, entonces, la verdadera explicación psicológica del problema planteado por Margueritte?

Marta resulta, pues, ser de una mentalidad inferior desde que se deja llevar de su *emballement* y se ciega hasta el punto de sacrificarlo todo a su vehemencia. Sin duda, el novelista no ha querido personificar en ella ningún tipo excepcional, sino dar claro conocimiento del criterio medio de la mujer de su país y de su tiempo; pero la coloca en una luz desfavorable, ya que en ella se cifran todos los males, pues la presenta dotada de cultura y llena de condiciones, mas en el fondo atrabiliaria y caprichosa, intemperante y capaz de preparar con cruel refinamiento su revancha *jettant tout duocement de l'huile sur le feu* — aun a trueque de hacer víctima de ello no sólo a su marido, en realidad sacrificado sin razón alguna a su impetuosidad enfermiza, sino a su propio e inocente hijo, cuyo porvenir obscurece y complica. Caracteres femeninos de

ese jaez son, por lo general, una verdadera calamidad para el hombre que a ellos se liga y para la familia que de tal unión resulte; no descubren lo que hay en el corazón nunca al principio, sea que a sí propios se desconozcan, sea que efectúen su aparición más tarde, de modo que al formar el matrimonio no se puede jamás sospechar que tras una suavidad seductora de maneras y una encantadora dedicación a su nuevo estado, se halle latente el germen destructor del desmesuramiento y de la ligereza, del antojo y de la terquedad, de las proteiformes manifestaciones de un histerismo tanto más terrible cuanto que no hay como defenderse de él, pues lo arrasa todo sin consideración a nada ni a nadie. Es esa constitución anormal precisamente lo que caracteriza a la heroína de la novela, pues en Marta asume la forma de un fanatismo desbocado y epiléptico, como en otras mujeres de su tiempo y de su raza toma el aspecto de cualquier otra manifestación: la sonada incompatibilidad de caracteres u otro pretexto análogo. Porque las múltiples facetas de dicha afección — que forma como el rasgo fundamental de la mujer moderna, pues moldea su carácter moral con tanta mayor fuerza cuanto que deja casi sin modificación la apariencia física, de modo que es profundamente desconcertante — comienzan a dar noticias de sí en el momento más inopinado, plantan su garra poderosa en la mente misma y transforman poco a poco a la esposa culta, amante, sensata, en un ser veleidoso, iracundo e irascible, y con un constante estrilo que ni el escozor del ridículo advierte. El novelista, sin entrar en disquisiciones patológicas y sin asentar en esto demasiado los puntos sobre las íes, pone de relieve el lento despertar del histerismo patriótico de Marta, sus avances sucesivos hasta dominarla por completo, y su triunfo decisivo final; de ese punto de vista la tesis es exacta, porque tal modalidad — sea en su manifestación de carácter patriótico o en cualquier otra forma — no respeta “las fronteras del corazón”.

¿Qué podía hacer el marido en presencia de esa transformación inesperada de Marta? Había conocido y amado una mujer que resultaba convertida en otra muy distinta: hay, en efecto, en aquellas dos personalidades absolutamente diversas, la anterior y la posterior a la explosión de su histerismo. En su

primera faz había constituido el encanto de su esposo y de cuantos la rodeaban y se habría dicho que era la cuasi perfección ideada: amante, cariñosa, por completo dedicada a su hogar, depositando en aquél su más ciega confianza, no viendo nada sino por sus ojos, no pensando sino por su pensamiento, absorbida por entero en él. En su segunda faz se torna procaz, agresiva, dejando sentir con ensañamiento y alevosía su falta de fusión con aquél, no sólo en la intimidad sino — como si la presencia de un extraño pusiera en su deseo más vivos acicates — complaciéndose en hacerlo ante quienes con ambos estaban en contacto; incómoda, neurasténica, artera, trocando en aborrecimiento la estimación que pasajeraamente le tuvo; vengativa, sosteniendo deliberadamente siempre lo contrario de lo que pensaba o podía pensar su consorte, esforzándose en que a éste le resultara insoportable la vida, se convertía así en la encarnación moderna de la nefanda deidad clásica, que siempre sin consideración alguna la desgracia en su derredor... ¿Qué actitud podía asumir Otto? El novelista analiza sutilmente el problema psicológico: "solo, en su casa, había andado a la inversa el camino recorrido por Marta; se había aproximado a ella tanto cuanto ésta se alejaba de él; ciertamente no esperaba que después de tal tormenta volverían a encontrarse ambos intactos, pero creía que, con los restos de la felicidad pasada, podrían todavía reconstruir una nueva aunque frágil suerte feliz..." Pero pronto se convenció de la inutilidad de todo esfuerzo, "ya no estaban en presencia uno del otro sino dos seres enemigos; su esperanza era entonces imposible, y, después de ese convencimiento, la existencia odiosa comenzó..."

Nada podía contra aquel histerismo indomable, únicamente debía resignarse, lamentándose del triste lote que le había tocado en suerte, porque si es cierto que la mujer hace la felicidad y la gloria de un hombre, en cambio también es lo que lo hunde y asesina en vida moralmente, cuando, en vez de ser una constitución normal, tiene la maldición de llevar en su sangre y en su temperamento el germen del nervosismo. La táctica de Marta — de encerrarse en su habitación y guardar un semimutismo que revelara que si su cuerpo estaba allí, su

espíritu se hallaba bien lejos — hizo en absoluto intolerable la vida en común y le obligó a reflexionar profundamente sobre su situación.

Era la terrible perspectiva del divorcio moral, mil veces más desesperante que el legal, porque la vida con una mujer que no lo entendía o no quería entenderlo, afectaba además vivir mentalmente en otra parte, y por su actitud, le demostraba que se movía en un círculo de ideas extraño al suyo, le resultó un suplicio más refinado que los peores tormentos del infierno dantesco; a las veces una *mesalliance d'esprit* proviene de la diferente cultura intelectual de los esposos y, entonces, el amor puede lograr llenar el abismo que los separa, elevando a la mujer hasta el marido, pues instintivamente adivina ella que solo con ese consorcio espiritual podrá aspirar a poseerlo física y moralmente por entero; pero su caso era diverso, ya que uno y otro tenían una ilustración análoga, y era Marta quien deliberadamente se tornaba en indiferente o extraña para todo lo que á él le interesaba, de manera que resentía hondamente esa conducta como la más dolorosa de las heridas, porque a la soledad moral en que lo dejaba unía la afectación de un desdén que lo lastimaba. El novelista ha encarnado en Otto un tipo de hombre intelectual y por eso es lógico el hacer que éste no perdonara tan artera desvinculación mental, pues cualquier defecto femenino podía tolerar o excusar menos el desprecio por sus trabajos como médico o de sus estudios como profesor; tal cosa no encontraba disculpa alguna a sus ojos, porque es el más cruel de los refinamientos odiosos que una esposa recalcitrante puede inventar. Vivir aparentemente unidos ante el mundo cuando ambos cerebros con toda premeditación vibran por separado y en esferas desiguales, se le ocurría ser la más horripilante ironía que fuera dable concebir, sobre todo cuando tal situación se producía, como en su apretado lance, no por deficiente mentalidad de su mujer, sino por verdadero refinamiento de maldad, que buscaba así herir de muerte la raíz misma de su producción inteligente, quitándole toda tranquilidad, privándole de afecto, negándole consejo y apoyo; por momentos llegaba a considerar a Marta como un tipo moral a lo madama de Brinvilliers, desde que

intentaba envenenarle su entendimiento, inutilizarlo, hacerlo infecundo. Tal venganza lo espantaba; temía que lo llevara, a la larga, hasta la locura, si bien confiaba en su voluntad de acero para sobreponerse a semejante crisis y para entregarse al trabajo con encarnizamiento, procurando que éste le llenara el vacío de su vida, le defendiera ante la grave y muda agresión de quien hubiera debido alentarle, mientras que, por cruel sarcasmo, se convertía en su peor enemigo. Llegó ciertamente a recordar que Chateaubriand, quien pasó por análogo tristísimo trance, ha expuesto en alguna parte de sus memorias autobiográficas el secreto de su salvación: esa producción inmensa que asombra en su obra, siendo así que más de un crítico no podía imaginar de donde podía sacar tiempo para labor tan variada, ni resolución bastante enérgica para realizarla sin desfallecer, cuando ello sólo obedecía a la convicción de que, si bien es cierto que es menester gastar con el trabajo lo que nos atormenta — pues, como alguna vez se ha dicho, el trabajo — *travail est salutaire* — mientras se trabaja se olvida — es menos que sólo en ese exceso de tarea podía aquél hallar lenitivo al hondo apartamiento moral que lo obligó a vivir con quien hizo gala de burlarse de su valimiento intelectual.

Margueritte, sin embargo, no concede a O'to las cualidades eminentemente francesas de aquel gran escritor, cuya ironía elegante le permitió resistir y soportar semejante estado de cosas; por el contrario, lo presenta como teutón de una pieza, cuadrado de cuerpo, pero sin asomo de chacuaquería, antes bien, derecho de alma, sin matices variados, aunque animoso y agalludo y con una voluntad férrea, encadenado al trabajo y no admitiendo la posibilidad de ejecutarlo sino lo mejor que le fuera dado, de modo que vivía en su hogar, casi metido en clausura en su cuarto de estudio, y por ello necesitaba precisamente del cariño de alguien que se interesara por sus ocupaciones, que lo animara, que posara sobre él su ojo amante. Ante la actitud deliberada de Marta todo eso se tornaba imposible y la existencia de aquél se convertía en un aislamiento moral y social, capaz de destruir toda su energía y de labrar su desgracia. Tal fué el destino que entrevió si persistía en querer conservar las apariencias desde que la resolución de

aquella, inquebrantable y fría, no le dejaba otra perspectiva: todavía, sin embargo, la amaba porque había sido la primera y única mujer que había querido verdaderamente, no contando a sus ojos las relaciones pasajeras anteriores o posteriores a su vida de estudiante, ya que no había tenido jamás temperamento de "afilador" y su mismo modo de ser era la antítesis del concepto de calavera; pero consideró, como resultado final de su meditación, que era luchar sin esperanza contra su fatal destino pretender reconquistarla. Nada había, pues, que hacer. "Escucha Marta — le dice por fin Otto — he reflexionado mucho, y una existencia semejante no puede prolongarse, porque no es digna ni de nuestro pasado ni de nuestra situación de hoy; veo, como tú, la verdad: estamos separados por obstáculos infranqueables y, si continuáramos en querer prescindir de ellos, temo que pronto llegaríamos a tener escenas abominables; sin embargo, Dios me es testigo de que habría podido amarte todavía, si lo hubieras tú querido... Oh! lo sé; habría sido de tu parte un esfuerzo sobrehumano..." En presencia de tales palabras, Marta, "soprendida, le miraba con desconfianza; la meditación y la pena durante las semanas en las cuales en él se había librado el supremo combate, habían palidecido sus rasgos; una tristeza resignada hacia, quizá, menos dura su mirada, todavía amarga..." Y — esto pintó terriblemente el rasgo histérico del carácter de la protagonista — Marta "sofocada por la alegría, sólo hallaba que la sorpresa era demasiado grata, la liberación demasiado brusca..."; había acabado con él de esta vez para toda la vida. Casi se diría que estuvo tentada de gritarle burlescamente: ¡chau!

(“VICTOR MARGUERITE: *la tesis de su novela*”, 1912).

ALTAMIRA Y SU PRESCINDENCIA DE LA INFLUENCIA FEMENINA

Cabalmente tócome leer gran parte de este libro a la primera hora de una de estas mañanas otoñales. Clareaba apenas del lado del levante: el lucero del alba se escondía por momentos. Un viento recio despolvoreaba casi instantaneamente una densa niebla delante de los ojos, y veía rasgarse un velo blanque-

cino, sutilísimo, que envolvía todas las cosas y de cuyo seno surgían, como evocadas por mágico conjuro, indecisas primero y lentamente acentuándose después, figuras de animales, de arboles, de edificios... No había luna, y la insegura claridad del día que alborea bañaba el campo con una luz suavísima: al principio algo mortecina y como si fuera un delicado encaje ideal, por segundos más y más marcada, poco a poco ya ligera pero debilmente coloreada, allá en el límite lejano del firmamento y donde éste parece confundirse con la tierra, levantándose de ahí nubes caprichosas que teñían magistralmente sus celajes deshilachados con los pálidos colores del arrebol que apriesa se advertía: en un soplo casi, el sonrosado mudóse majestuosamente en rojo vivísimo, luego lo atravesaron intensas rayas doradas, y, sobre la línea recta, imponente, infinita, del horizonte soberbio de la pampa, se alzó la extremidad de un disco de fuego, el cual, creciendo con pasmosa rapidez, esparció a pendón herido sus rayos deslumbradores por todo el ámbito del cielo, iluminando los campos y los ganados con un tinte especialísimo de alegría exuberante y de vida triunfal... El incesante canto de los pájaros, saludando alborozados el espectáculo, siempre estupendo, del nacer del día; el movimiento de las haciendas, que parecían pezerosamente deslizarse por entre el alto pastizal, acariciadas por el contacto benéfico del calor del astro y haciendo mil fiestas con la cabeza y cola: el verde amarillento de los árboles, cuyas hojas comenzaban a caer; el vaho húmedo y vaporoso, que imperceptiblemente se desprendía de la tierra y llenaba la atmosfera con ese perfume singular que parece infiltrar potencialidad vigorosa y disipar cualquier melancolía: todo, en la naturaleza, entonaba un himno férvido al nuevo día, a la perenne realidad de la existencia, al calor vivificante del astro soberano que acababa de levantarse... El espíritu más fatigado, ante escena semejante, advierte sin querer que lo inunda una calma reconstituyente, que un tónico invisible lo vigoriza, dando tensión al organismo y llenándolo de savia nueva; y, en momento tal, la alegría ilumina al corazón más destrozado, vence a la misantropía más inveterada y predispone al hombre a sentir y apreciar las emociones más

sutiles, mirando todo con pasión de galán enamorado. Fué así que terminé la lectura de esta novela.

He reflexionado después sobre su contenido, entrando en los rincones de su conciencia, en diversas horas, temeroso de que en la impresión producida contáse por mucho el instante singularísimo del crepusculo matutino. Paseándome a pie por las calles arboladas del parque, a la plena luz del mediodía, bajo los rayos benéficos del sol a plomo, que, en esta estación, lejos de abrasar calientan dulcemente las espaldas; también a esa hora, en la cual parece funcionar el cerebro con una actividad mayor, he reflexionado sobre las conclusiones de esta obra, y también me han parecido falsas la amargura y la tristezas de su final, y el desaliento de su filosofía sobre el descanso... Y, al caer la tarde, en ese momento solemne del crepusculo vespertino, cuando el día parece escapar de entre las manos y la luz muriente va poquito a poco deshaciéndose en las tieneblas que se acercan, y los objetos se cubren con un velo, tenue al comienzo y densísimo al poco andar así que llega la noche con la tristísima rapidez de las tardes otoñales, en esos días en los cuales, tras la carencia de luna, el cielo se encuentra encapotado y tempestuoso; la sombra, entonces, como si quisiera placear sus secretos, se esparce por doquier, cobijando todo indistintamente, envolviendo a todo en el mismo misterio, que aquieta por igual todos los ánimos, remontando el espíritu y predisponiendo a la reflexión melancólica y retrospectiva, pero bondadosa y blanda; también a esa hora, libre el espíritu de las preocupaciones del día y reconcentrada la mente en la meditación de este libro, sus personajes y sus escenas se han erguido en mi imaginación, y, contempladas a la luz primaria de ese criterio insignemente dispuesto a todo lo favorable, también he encontrado falsas sus conclusiones desalentadoras y no he podido explicarme el ciego endiosamiento del éxito, la prédica de la lucha sin descanso, de esa condenación sin remedio a sucumbir en la demanda, como si el autor le hubiera puesto pena de la vida, por no querer considerar que todo debe tener su medida en este mundo, y que los mismos temperamentos excesivos a ella se ven obligados a someterse, por más que desearían protes-

tar. Hay que templar el rigor con blandura. Sí. Es preciso huir de la exageración: todos los extremos son perniciosos. La lucha es progreso, porque sin ella no habría adelanto. Es vida porque, de suprimirla, reinaría en la naturaleza entera la paz de los sepulcros. Es condición inherente a la existencia, la cual no puede realizarse sino mediante una contienda constante contra las cosas, los elementos, los seres animados, los hombres, las propias inclinaciones, los defectos del temperamento o del carácter. Se lidia para nacer, para vivir, para morir. Es verdad, Esa es la ley a la cual todos estamos subordinados. La nirvana oriental no la realiza ni el fatalismo musulmán: la negación de la acción es decadencia, en pueblos y en hombres. Y si eso es verdad tratándose de la humanidad en general, lo es aun mucho más, si cabe, en los países democráticos, en los cuales cada uno es hijo de sus obras y debe abrirse camino por el solo vigor de la voluntad. Desgraciado de quién, en circunstancias tales, renuncie al combate! Se despeñará, fatalmente, en su perdición; merecedor es de doblada pena y tan sólo podrá granjearse la compasión de los demás... El salmo enérgico del americano Longfellow es pues, el avangelio de la lucha; pero, cabalmente por ello es necesario, es conveniente, predicar la pugna razonable y razonada, no la brega enfermiza o poco sensata; la lidia franca, con plena conciencia de salir con su intento, y con una prudente confianza en las propias fuerzas, sometiéndose a saludables alternativas de reposo, y sin que ésto menoscabe la tenacidad tranquila y la inquebrantable resolución de ser perseverantes hasta el fin, contra viento y marea. No cabe, ni puede haber, el desaliento ni el desencanto en concepto semejante de la vida: se trata de un verdadero ministerio, y toda obligación hay que acudir a cumplirla sin faltar punto y hasta el fin, sin vacilación y sin jactancia, cualquiera que sea el sacrificio. Pero menester es hacerlo sin exageraciones innecesarias, sin sobreexcitaciones que de antemano presenten perspectivas desesperantes, sin desalientos poco cuerdos: por el contrario, el deber se hace mejor, cuanto más razonadamente se procede.

La ley del descanso es para el obrero intelectual — vale decir, el caso de *Reposo* — más imprescindible aún para

los demás. El cráneo agota su caudal y consume el tesoro que contiene: cualquiera que sea la doctrina que, respecto de las relaciones del espíritu y del cuerpo, enseñe la moderna filosofía del alma, es indudable la íntima conexión entre el fenómeno intelectual y la corteza cerebral, con sus lobullos, sus circunvoluciones y su materia gris. La personalidad humana es una e indivisible: como pueden las impresiones físicas producir sensaciones psíquicas en las células ganglionares de esa parte del cerebro, manifestaciones que son los elementos y esencia de la actividad intelectual, eso — al decir de un maestro — escapa a las investigaciones de la ciencia experimental. Pero indudablemente es en la cabeza que esa elaboración se efectúa, y las funciones del encéfalo requieren, para ser ponderadas, que la nutrición de la corteza gris se ejecute normalmente: cualquier exceso, en uno u otro sentido, trae por consecuencia una afección difusa de dicha región cerebral, y, entonces, la personalidad humana pasa por el agravio de experimentar esas heridas más o menos incurables, que oscilan dentro de las formas variadisimas de la demencia, del idiotismo, o de la degeneración.

Predicar, pues, a un intelectual la lucha activísima y sin descanso, es condenarlo a ciencia cierta a uno de esos terribles extremos. La tregua es imprescindible para que la naturaleza funcione. No sería sensato ir derechamente a la insensatez por despreciar el respiro y considerarlo cobardía, o siquiera “una ilusión de los instantes de desfallecimiento”. El hombre debe alternar su actividad; si lo hace desde un comienzo, no sufrirá desgaste de fuerzas; si se halló obligado, por cualquier linaje de circunstancias, a someterse a excesos de trabajo intelectual, a exagerar hasta donde sea posible su potencia cerebral de producción y labor, llega un momento en que es forzoso, so pena de quedar caído sin remedio, descansar.

Altamira, en el fondo, está de ello persuadido. Su héroe se encontraba en ese caso. Lo lleva al campo. Y el efecto es rápido y seguro. Tan fulminante que, vuelto a su antiguo valor, recobra con redoblado vigor todas sus energías, hasta con los defectos de sus exageraciones: obedeciendo a estos últimos

es que desvanecen de su memoria los beneficios reparadores del reposo y se lanza de nuevo a la batalla, con amargura y como si perversa sentencia lo precipitara a los infiernos. Ha debido ser justo: reconocer la bondad del bálsamo y retornar tranquilo y resuelto a seguir cumpliendo con su deber de combatiente.

No hay, en efecto, medicamento más eficaz para la fatiga intelectual, que la vida de campo. Los viajes obligan, que quiera que no, a ejercitar constantemente la atención, y el contacto con las gentes impone una gimnasia del entendimiento que no permite el descanso. El retiro al campo, por el contrario, produce instantáneamente el efecto calmante de aflojar la cuerda de un arco; la reacción es completa, el medio ambiente apacigua, la soledad templada la demasía de sus rigores, la placidez de la naturaleza encanta. Poco a poco, la majestuosa indiferencia con que sigue su curso la vida, repitiéndose las horas y los días con olímpica serenidad, restaura la cabeza más gastada, haciendo que las impresiones se reflejen vaga y blandamente, sin esfuerzo; la sangre circula entonces con suavidad por las arterias cerebrales, las fibras nerviosas readquieren su tensión natural, la corteza gris se vigoriza, y se restablecen las funciones vaso-motrices, térmicas y secretorias. Sin apercibirse de ello, casi, el intelectual fatigado experimenta en el acto una dulce sensación de alivio; hasta el recuerdo de la pasada sobreexcitación parece amortiguarse; se nota en todo el cuerpo una impresión de bienestar desconocido; el espíritu lentamente vuelve a erguirse de repente con tal agilidad a propósito del asunto más imprevisto, que la alegría de haber recobrado todo el vigor de otrora inunda el alma de contento, predispone a hacer aprobaciones panegíricas y acelera así la curación de la fatiga. ¡Ah! benéfico intervalo, restaurador poderoso, nobilísima terapéutica de la naturaleza! Desaparecida la exacerbación de la lucha, serenado el ánimo, ve el hombre con más claridad los propios defectos o las injusticias quizá involuntariamente cometidas; reconoce con nobleza su error respecto de doctrinas, gentes o cosas; y cuando, ya del todo restablecido, retorna a la lidia, lo hace con espíritu más ecuánime, más respetuoso para con los demás, más generoso, más

inclinado a la indulgencia y al olvido de los pasados agravios. Es, por ello, especialmente precioso ese involuntario examen retrospectivo que la calma rural provoca: comienza a tener el hombre conocida mejoría, suaviza las asperezas del temperamento, lo transfigura y trueca en paciente, y lo enseña a juzgar hombres y cosas con una benevolencia que no excluye la altivez: se persuade, a la larga, de la inutilidad del ensañamiento personalismo y del odio infecundo: rechaza, como indigna de ocupar su mente un segundo siquiera, la sombra de la envidia respecto de coetaneos o de extraños; adquiere, sin buscarlo casi, una ponderación y un equilibrio tales, que se presenta en la liza con vigor centuplicado, con una energía más provechosa y con una claridad de vistas y una resignación a toda prueba, resuelto a llenar su tarea en el mundo, y a cumplir con el deber que las circunstancias le han impuesto, con tranquilidad inquebrantable.

Sin duda la quietud de la vida de campo no excluye el trabajo intelectual. Antes bien, parece reclamarlo. Pero labor de otro género: de investigación, quizá; de satisfacción de la curiosidad del espíritu, muchas veces; de mero esparcimiento, no pocas. Es verdad que, en el primer tiempo, el libro cae de las manos ante el espectáculo imponente de la naturaleza, pero la restauración paulatina del vigor intelectual lo reclama con exigencia después, enseña a apreciarlo mejor; el espíritu lee con mayor lucidez y lo que, en medio de la vida afanosa de la ciudad, pasaría desapercibido en el escrito más interesante, resulta sobresaliendo más sus detalles a la vista de la tranquilidad del campo, e incita a la inteligencia a abordarlo. El intelecto se encuentra más expédito y sale a desafiar la tentación: la lectura es, por ello, más provechosa. Y si del mero esparcimiento se pasa a la investigación, es increíble cuan ductil se nota entonces a la inteligencia: se apasiona del asunto, busca, husmea, rastrea en impresos y manuscritos la respuesta del punto interrogante, y esa recreación del espíritu parece ejercer sobre el organismo la vigorizante acción de una cacería: la sangre circula acelerada, el rostro se colorea, los ojos chispean, siente uno la cabeza y se complace ésta en funcionar con una rapidez y una limpieza maravillosas; y se vi-

ve así una vida encantadora, siguiendo de cerca la dificultad que parece huir y huir, a fin de desatarla y resolver satisfactoriamente un problema dado, todo lo cual hace experimentar las emociones del deporte más lleno de agitación, deja contenta el alma, inundada de sana alegría; hasta que, tras tenaz empeño, se llega a la solución, se la coge, se la exhibe triunfante... y es de ver, entonces, con qué vehementísimo placer se regocija el ánimo, complaciéndose en ese inocente triunfo de destreza de la mente, y cuán saludable efecto pone por obra esa gimnasia del cerebro, el cual sale de tal prueba más ágil y mejor dispuesto a otros lances de diversa índole. Pocas cosas hay en el mundo comparables a la intensa satisfacción que ocasiona esa prueba de lucidez intelectual, en pleno campo y bajo la influencia admirablemente apaciguadora de una naturaleza espléndida. Es el deleite más puro, más cándido y libre de culpa, que sea dable imaginar; y, a la vez, el más completo, porque es siempre un placer jamás enturbiado por remordimientos del mañana.

También es verdad que los libros son los amigos más leales y los compañeros más agradecidos. Todo encuentra en ellos el hombre: siempre responden a su estado de alma, cualquiera que éste sea. Una biblioteca es, por ello, como un templo; el hombre, en su recinto, se despoja de las impurezas de la vida y se siente con alientos, transformándose rápidamente. La influencia moral que aquéllos ejercen es incomparable: las penas más hondas se ablandan, lentamente es cierto, pero se ablandan y suavizan su contacto, pues nunca dejan de caer a las manos las obras de maestros, prontos a enseñarnos a olvidar, esperar, creer...

He debido escribir las presentes líneas en medio del temporal desarrollado en los días de esta semana santa, encerrado en mi biblioteca, cuya altísima estantería, arrimada a los cuatro costados de esta sala, enorme por su extensión y altura, produce siempre en mi ánimo el efecto de una capilla al estudio consagrada y a cuyo recinto no puede penetrarse sino para hacer larga y benigna ofrenda. Cuando el tiempo es bonancible, se halla su interior bañado de luz, que a raudales penetra por elevadas ventanas, las cuales dan, por una parte, al denso arbo-

lado del parque circundante, y por la otra, a los potreros alfalfados que se extienden hasta perderse la vista en el lejano horizonte; entonces reina un silencio majestuoso, apenas por el canto de avecillas interrumpido y el espíritu se siente inventiblemente inclinado a engolfarse en las más áridas investigaciones, acunado por la dulce seguridad de que nadie ni nada vendrá a romper el hilo de la grata tarea. Y si el tiempo, como ahora, es borrascoso, más deliciosa aún es la impresión de bienestar que se experimenta, respirando una atmósfera templada por cómodo calorífero, mientras los cristales de las ventanas parecen repiquetear con el golpe continuado de la lluvia, que sin cesar cae y que forma, a pocas varas, algo como una cortina líquida que abrillanta el verde de los árboles y se mece, como hamacada en diversas direcciones, a impulsos del viento huracanado... Hoy que, casi al terminar estas notas, el estado atmosférico se ha serenado y se siente ese frío sutil y seco, precursor del invierno, que parece vigorizar el organismo y llenar de contento el alma, también es imposible arrancarse de esta sala, pues la cabeza parece más dispuesta que nunca a la tarea intelectual; un saludable pampero ha barrido con la lluvia y con la humedad, el piso está seco, se tiritita de frío y se da de tenazadas con los dientes, los árboles se despojan como a disgusto de sus hojas amarillentas, tristemente arrancadas por la estación que avanza, holladas y revoleadas del aire... Y me viene a la reminiscencia cierta tarde otoñal, terriblemente inolvidable, pasada en el jardín botánico de Vilna, en plena Lituania rusa: los árboles habían ya revestido su ropaje invernal, las hojas yacían, marchitas y mustias, tapizando los múltiples y caprichosos andenes; el lago ostentaba sus aguas glaucas e inmóviles; la soledad era casi completa; se tocaba con la mano la fuga de la vida alegre y la aproximación del invierno, siempre triste, y la sensación de una melancolía profunda se apoderó del corazón que parecía querer llorar a voz en grito, como si la congoja lo apretase y sintiera en su interior una aflicción inmensa, que lo impulsara a echarse en un pozo de pesadumbre; oprimido de dolor se destempló el cuerpo y, sin poder explicármelo, sentíme como puesto en gran agonía y se apoderó de mí una singular desesperación...

¡Desgraciadamente es un sueño! Encerrarse aquí y dedicar el resto de sus días a esta labor de benedictino, seduce y enamora; pero ¿y la vida real? ¿y las necesidades que impone a un hombre la familia, y las obligaciones que le incumben? Ante todo, el deber; es indispensable luchar, pues a lidiar. Investigar historia es satisfacción de estudioso erudito; viene después del deber. Y tiene que suceder así, desde que en este país, con escribir no se atesora ni se carga de honras y haberes, pues no solamente ni resultados pecuniarios trae, sino que sirve únicamente para apretar a uno con gravámenes, puesto que no hay editores que publiquen los libros a su costa; es un lujo investigar, y es mayor lujo ser autor, porque hay que gastar todavía en imprimir lo escrito. La atención pública, absorbida por preocupaciones de otro orden, relativas al desenvolvimiento material del país, aún no aprecia el trabajo intelectual del publicista; el periodista ha alcanzado consideración, pero el ser escritor es aquí una demasía que se permite tan sólo el hombre que puede ganarse la vida con una profesión libertal o que goza de rentas; las gentes admiran en esos libros tanto valor, que de su compra desisten. Bien valido lo vale. De ahí que todavía sean relativamente escasos los lectores en este país; las obras serias tienen apenas un público de cenáculo; los trabajos de historia, sobre todo, casi podrían contarse con los dedos de ambas manos lo que pueden ó quieren apreciarlos, son ya menos los que se los procuran y menos aún — si cabe ser menos que menos — quienes los compran, ofendiéndose los más cuando el autor no se los envía de regalo, y, cuando los reciben obsequiados, tampoco los leen, porque imaginan que poco debe valer el volumen que no aguarda que se vaya en su busca, sino que se lanza a pesquisar por la ciudad para poner la mano hasta en el indiferente...

Por ello, pues, aun cuando las naturales inclinaciones hagan gran fuerza y persuasión, habrá quizá que soñar plazos a la duración de los siglos o deferir para tiempos mejores la posibilidad de entregarse por completo al encanto de esta biblioteca; pero, por breves que sean los períodos que en ella logro pasar, por nada de este mundo me privaría de la intensa satisfacción íntima que ellos me procuran. Y con esta demostración se toca

con los dedos que, como descanso de las fatigas de la lucha por la vida, sea, para un intelectual, la panacea deseable el reposo en el campo, en plena naturaleza, pero teniendo a su disposición una librería, cuya sola contemplación llena de legítimas deicias a su espíritu (1).

(“*Tristezas y esperanzas: Altamira y su novela*”, 1903).

ERNESTO QUESADA.

(1) La siguiente carta del autor se refiere a la índole de la selección verificada. Señor don Narciso Binayan, Mi estimado ex alumno: He revisado las pruebas de las «páginas escogidas» que Vd. ha creído interesante extraer de algunas de mis obras. Veo que su selección, en el deseo de formar con ella un conjunto, en el sentido del título con que la encabeza, ha sacado fragmentos de libros publicados en diversas épocas, abarcando casi medio siglo, desde que comienza Vd. con uno de 1881. Es decir, forzosamente el lector tropezará con cierta disparidad de criterio y aun de estilo, pues no impunemente la experiencia de una vida ya larga se refleja en las páginas de la producción intelectual. De ahí que, no tratándose sino de fragmentos en los cuales incidentalmente se ha tocado la cuestión de la influencia femenina en el trabajo mental del hombre, el título de la recopilación no responda a un estudio acabado del problema! más aun, no pocas de las páginas incluidas se refieren a la producción intelectual con prescindencia de dicha influencia femenina. Pero respecto el criterio que ha guiado a Vd. en su elección, destinada a los estudiantes de nuestra Facultad e inspirada, sin duda, en el deseo de familiarizarlos con la obra de uno de sus profesores. En tal sentido quedo a Vd. grato por esta demostración, que me prueba que su paso por el aula de sociología, lejos de alejarlo del profesor de la materia, lo ha acercado al mismo: sabe Vd. cuanto lo he animado en sus propios trabajos, cuando me ha hecho el honor de consultarme sobre ellos. Con este motivo lo saluda su ex profesor y amigo. Ernesto Quesada.

B. A. 5. IV. 20.